

AFORISMOS

GEORG CHRISTOPH
LICHTENBERG

AFORISMOS

EDICIÓN DE JUAN JOSÉ DEL SOLAR



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sudelbücher I und II*
Carl Hanser Verlag, Múnich, 1968 y 1971

Este libro recibió la ayuda a la creación literaria,
en la modalidad de traducción, del Ministerio de Cultura

Diseño de la cubierta: Estudio Calderón

Primera edición: febrero 2021

© de la traducción, introducción y notas, Juan José del Solar, 1990

© de la presente edición: Edhasa, 2021

Publicado por primera vez en Edhasa en 1990

Diputación, 262, 2ª 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 202

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-9165-7

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 22088-2020

Impreso en España

ÍNDICE

Introducción	9
Aforismos	21
Cronología	381
Bibliografía básica	389

INTRODUCCIÓN

«Toda una Vía Láctea de ocurrencias», anota al azar Lichtenberg en uno de sus cuadernos de notas o «cuadernos borradores», como él solía llamarlos. Fórmula feliz, sin duda, para esbozar el perfil de una obra por la que circulan miríadas de ideas de muy distinto brillo y magnitud, ocasionalmente agrupables en constelaciones, una obra que refleja la pluralidad de intereses de un observador sutilísimo de sí mismo y del mundo que, en solitario y sin plantearse siquiera la posibilidad de publicarlas, va anotando sus reflexiones e impresiones con plena espontaneidad, desde la perspectiva de un escéptico visceral, de un racionalista consciente de sus múltiples contradicciones.

Extraño destino literario el de este profesor de física en una de las universidades de mayor prestigio en su país, Alemania, cuyo arco vital se inscribe en un período tan intenso y rico en transformaciones como es, en la historia espiritual alemana, la segunda mitad del siglo XVIII. Respetado en vida como científico (sus investigaciones en el campo de la electricidad le llevaron a descubrir, en 1777, las denominadas «figuras de Lichtenberg»), literariamente no pasó de ser el autor de unos cuantos escritos satíricos y

el redactor, durante más de veinte años, de un modesto *Almanaque de bolsillo* anual destinado a un público de damas y caballeros de la sociedad provinciana de Gotinga, ciudad donde enseñaba y residía. La fama le llegó póstumamente de la mano de dos amigos –uno de ellos su editor, casero y proveedor de libros y vino–, que hubieron de vencer la renuencia inicial de un hermano albacea a publicar esa miscelánea de fragmentos cuyo título, disposición y volumen irían modificándose en sucesivas ediciones, y que uno de sus frequentadores más asiduos, Friedrich Nietzsche, no vacilaría en colocar entre los pocos libros de la literatura alemana que merecen ser leídos una y otra vez.¹

El título *Aforismos*, utilizado por su primer editor crítico a principios de nuestro siglo, es, además de apócrifo, desorientador, sin menoscabo de que se considere a Lichtenberg el iniciador del género en Alemania. Pues nada más lejos de los cuadernos lichtenbergianos que un libro de aforismos, sentencias o máximas tal como lo concibieron las tradiciones clásico-renacentista o francesa, que

1. El comentario de Nietzsche dice: «El tesoro de la prosa alemana. – Dejando aparte las obras de Goethe, y, sobre todo, sus *Conversaciones con Eckermann*, el mejor libro alemán que existe: ¿qué queda realmente de prosa literaria alemana que merezca ser leído una y otra vez? Los *Aforismos* de Lichtenberg, el primer libro de la *Autobiografía* de Jung-Stilling, *El veranillo de San Martín*, de Adalbert Stifter, y *La gente de Seldwyla*, de Gottfried Keller, y paremos de contar por ahora». En: Nietzsche, Friedrich, *Sämtliche Werke, Kritische Studienausgabe in 15 Bänden* (Hrsg. von Giorgio Colli und Mazzino Montinari), vol. II, *Menschliches, Allzumenschliches*, II, *Der Wanderer und sein Schatten* [*Humano, demasiado humano*, II, *El viajero y su sombra*]. Deutscher Taschenbuch Verlag, de Gruyter, Múnich, 1980, p. 599.

iba dirigido ya, al menos en ciertos casos, a un público concreto. Y es que en ese sorprendente cajón de sastre que son los cuadernos, encontramos largas reflexiones sobre los más variados temas, notas de lecturas, anécdotas, breves diálogos o retratos, fragmentos de proyectos autobiográficos y literarios nunca realizados, comentarios corrosivos, citas, hipótesis, interrogantes, frases o palabras descontextualizadas, sueños y también, por supuesto, pensamientos servidos con un riguroso atuendo aforístico («El bienestar de muchos países se decide por mayoría de votos, pese a que todo el mundo reconoce que hay más gente mala que buena»), auténticas greguerías («Campañarios, embudos invertidos para dirigir la plegaria al cielo»), o juegos verbales que conjugan la pura complacencia homofónica con la *boutade* capaz de sintetizar en cuatro palabras —«Ça ira, Ca-ira, Kahira, Cairo» (de la canción revolucionaria a la campaña de Egipto)— diez años cruciales de la historia de Francia y Occidente.

Ya apuntaba certeramente Goethe que «podemos utilizar los escritos de Lichtenberg como la más maravillosa de las varitas mágicas; donde él hace una broma, hay algún problema oculto». ¹ Así lo entendieron también Freud, que utilizó algunos aforismos para su análisis del chiste, y, más tarde, André Breton, para quien Lichtenberg fue uno de los grandes maestros del humor negro. Esta faceta festiva,

1. Goethe, Johann Wolfgang, *Werke, Wilhelm Meisters Wanderjahre – Drittes Buch – Aus Makariens Archiv* [Los años de peregrinaje de Guillermo Meister – Tercer Libro – Del archivo de Macario], vol. VIII, Verlag C. H. Beck, Múnich, 1982, p. 475.

que incluye el gusto por la paradoja y el *nonsense*, se vio alimentada por la lectura de los clásicos del siglo XVIII inglés, en particular Swift, Sterne, Fielding y Johnson, a quienes lo unían muchas afinidades. Con Sterne comparte, además, el culto por lo pequeño y aparentemente insignificante, por la miniatura portadora de epifanías tal como aparece, por ejemplo, en el *Viaje sentimental por Francia e Italia* (1768), obra de inmediata repercusión entre los jóvenes autores alemanes de la generación de Lichtenberg. Pues la convicción de Yorick, su protagonista, de que en cualquier rincón oculto de París es posible sorprender una escena fugaz que bien valga por una docena de obras del teatro francés, o de que el comentario de un barbero parisiense sobre su peluca revela más claramente los rasgos del carácter nacional que los discursos de los estadistas, este cambio radical de perspectiva que privilegia el propio mundo emocional en su libre juego con la realidad, aboliendo las jerarquías convencionales, es también una de las constantes espirituales de ese viajero irónico-sentimental a través de la vida que fue Lichtenberg:

[D 398] Lo que siempre me ha gustado en el hombre es que, siendo capaz de construir Louvres, pirámides eternas y basílicas de San Pedro, pueda contemplar fascinado la celdilla de un panal de abejas o la concha de un caracol.

Toda su obra está salpicada de ejemplos, al igual que la de otro viajero solitario, más bien paseante éste, el suizo Robert Walser. No en vano coinciden ambos, a siglo y

medio de distancia, en la menuda idea de homenajear a un botón –Walser el de una camisa, Lichtenberg el de unos pantalones–, y agradecerle los servicios prestados con tanta fidelidad como modestia.¹

Pero Lichtenberg va aún más lejos en su campaña relativizadora. Así como hay objetos de pacotilla, para él hay también «acontecimientos, prejuicios, virtudes y hasta verdades de pacotilla», o de tres reales, o de perra gorda, como se prefiera, cuyo ahorro permite asimismo acceder a la riqueza. Con ellas fue enriqueciendo sus cuadernos sin ningún orden ni objetivo, impulsado por una necesidad fundamental de su espíritu: el ejercicio del pensar como una actividad autónoma cuyo punto de referencia debe ser, en esencia, uno mismo:

[D 121] No te dejes contagiar, no des como tuya ninguna opinión ajena antes de ver si se adecua a ti; mejor opina tú mismo.

1. El *Discurso a un botón*, de Walser, figura en su colección de relatos de *Vida de poeta* (1918): Walser, Robert, *Das Gesamtwerk in 12 Bänden*, vol. III, *Poetenleben*, Suhrkamp Verlag, Zúrich y Fráncfort del Main, 1978, pp. 108–110. El texto de Lichtenberg aparece en una carta dirigida a un amigo. Después de arrojar el cascado botón a un arroyo que discurría «poéticamente» bajo su ventana, el autor de los *Aforismos* remata con una *pointe* irónica que recoge ecos del tópico del *homo viator*, apostrofando a un hipotético:

«Viajero, contempla este botón de mis pantalones, el más fiel de su estirpe, y en vez de reírte de mi elogio, verifica primero si el tuyo aún se mantiene firme antes de seguir tu camino». En: Lichtenberg, Georg Christoph, *Aphorismen. Schriften. Briefe* (Hrsg. Wolfgang Prohmies), Carl Hanser Verlag, Múnich, 1974, p. 534.

Lichtenberg es, según Schopenhauer, un modelo de los que él denomina verdaderos filósofos, los que piensan *por y para sí mismos*, en el doble sentido de la palabra alemana *Selbstdenker*, pues sólo ellos se toman en serio su actividad, que constituye el goce y la dicha de su existencia.¹ En el caso de Lichtenberg hay que puntualizar que se trata de un pensamiento refractario a cualquier tipo de sistematización —los únicos sistemas filosóficos que llegaron a interesarle fueron los de Kant y Spinoza—, que opera básicamente con la analogía y la metáfora, y cuya fuerza y vitalidad residen justamente en su fragmentarismo.

«Permanece atento, no sientas nada en vano, mide y compara: tal es toda la ley de la filosofía», dice en uno de sus apuntes más antiguos. Y la atención de este empirista de formación inglesa, pragmático y antimetafísico, se centra, claro está, en el estudio de la naturaleza y del ser humano, en la tarea de explorar «las caras del alma», que asume a sabiendas de que «nada es tan insondable como el sistema de móviles de nuestros actos», y a través de la cual se aproxima hasta los umbrales mismos del inconsciente. A lo largo de toda su obra no cesa de recomendar el estudio del mundo onírico como vía hacia un mayor conocimiento del hombre. En [K 86] llega a afirmar incluso:

1. Schopenhauer, Arthur, *Sämtliche Werke*, vol.V, *Parerga und Paralipomena*, II, § 270, Suhrkamp Verlag, Fráncfort del Main, 1986, pp. 586-587.

Toda nuestra historia no es más que la historia del hombre despierto; en la historia del hombre dormido aún no ha pensado nadie.

El escepticismo de Lichtenberg ante la posibilidad de avanzar en el conocimiento de los fenómenos psíquicos pasa por la defectividad, en apariencia insalvable, de su instrumento: el lenguaje. Desde las primeras anotaciones del cuaderno A no cesa de interrogarse sobre la imprecisión del lenguaje común frente a los lenguajes de las ciencias exactas, en particular el de las matemáticas. De ahí que la «característica universal» de Leibniz, una propuesta de un lenguaje conceptual basado en el cálculo matemático, atraiga poderosamente su atención como alternativa que tener en cuenta y, sin embargo, no le impida dirigirla a su vez hacia la teoría de un lenguaje natural, adánico, que recogiera la denominación primigenia dada por el propio Dios a todas sus criaturas, tal como la había formulado el místico silesio Jakob Böhme a principios del siglo xvii. Entre estos dos polos, aunque decantándose ostensiblemente por el primero, se mueven sus disquisiciones en busca de un lenguaje individualizado y universalmente válido, capaz de expresar los matices más sutiles con la máxima exactitud y superar así la vieja problemática de la adecuación entre lenguaje y realidad, entre significante y significado.

Su sensibilidad lingüística, enemiga de todo tipo de ampulosidad o patetismo y siempre atenta a las potencialidades lúdicas de la palabra, tampoco oculta su preferencia por lo pequeño («Así como hay palabras polisílabas que dicen muy poco, también hay monosílabos de signi-

ficado infinito»), ni desdeña los valores creativos del significante, ya se trate de onomatopeyas y sonidos expresivos o, incluso, de nombres propios. Así, en [F 683] se imagina la cara de un general de la independencia americana más a partir de la doble vocal de su apellido que de sus hazañas bélicas, y en una de sus primeras notas reúne una larga lista de verbos alemanes que expresan ruidos y sonidos, comentando que «no son sólo signos, sino una especie de escritura ideográfica para el oído».

No referirse al hombre de carne y hueso a la hora de ofrecer un perfil, siquiera mínimo, del pensador, sería ignorar una presencia que, de una u otra forma, se deja sentir en todos sus escritos y los impregna con su peculiarísima personalidad. Su propensión al autoanálisis, tan frecuente dentro de la tradición pietista de su tiempo, cristalizó en numerosas confesiones aisladas sobre su espíritu y su «lamentable cuerpo» (ambos conceptos se hallan, en él, indisolublemente imbricados), a partir de las cuales se tejió la más difundida de sus imágenes: la del «hombre en la ventana», el observador solitario sometido desde su primera juventud a los vaivenes de la melancolía, el soñador sobre el cual planeaba una y otra vez la tentación del suicidio y que, en sus últimos años, sería víctima de agudas crisis depresivas ahondadas por el alcohol y la hipocondría, «esa habilidad para extraer de cada suceso de la vida, llámese como se llame, la mayor cantidad posible de veneno para uso propio». La crepuscularidad de este período, erosionado por la apatía y la desesperanza, quedó condensada en una nota de extraordinario poder sugestivo:

[K 48] El 10 de octubre de 1793 le envié a mi querida esposa una flor artificial, hecha con hojas de varios colores caídas este otoño en el jardín. Supuestamente debía representarme en mi estado actual, pero me guardé de decírselo.

Pero el Herr Professor Lichtenberg fue también, pese a las limitaciones físicas impuestas por su escasa estatura y una joroba que, al decir de testigos presenciales, él sabía disimular hábilmente en sus clases no dando nunca del todo la espalda a su auditorio, un hombre que se debatía entre la espiritualidad más pura y la más carnal de las sensualidades, según confesión propia, y cuya vida privada no paraba de escandalizar a los puritanos burgueses de Gotinga. Sus cartas y diarios nos lo presentan además como un personaje de gran ternura y calor humano, dueño de un imbatible sentido del humor que, no obstante, podía degenerar en el más implacable de los sarcasmos. No en vano es considerado el autor satírico más representativo de la Alemania de su tiempo, que él, anglófilo impenitente como todo buen racionalista ilustrado, veía como un «hospital de opiniones ajenas» en el plano científico y, con cierta miopía que sólo le permitió salvar escasos nombres, también en el literario, y cuyo mundillo académico rebosante de erudición estéril y compendiomanía, esa «docta barbarie» producida por la ingestión exagerada de lecturas en detrimento de la reflexión personal, no cesó de fustigar hasta el final de sus días. En flagrante contradicción con su credo racionalista aparece, en cambio, su proclividad hacia todo tipo de supersticiones, sobre la cual se interroga preocupado:

[J 715] La forma de arrastrarse de un insecto me sirve para responder a preguntas sobre mi destino. ¿No es esto extraño en un profesor de Física?

Pese a su abigarrado desorden y a una serie de lagunas textuales, los cuadernos de notas nos permiten seguir la trayectoria espiritual de su autor en un orden cronológico lineal que se extiende a lo largo de casi treinta y cinco años. A la inevitable arbitrariedad que ya supone toda antología no hemos querido añadir la de una agrupación temática que atentaría, sobre todo en un autor como Lichtenberg, contra la autonomía de unos textos dictados por el azar, que se proponen como puntos de partida e invitan al lector a un viaje que él mismo, espigando aquí y allá, debe emprender a su aire. Practicar el arte tan lichtenbergiano de pensar por cuenta propia a través de una «lectura asistemática» y siempre abierta de su obra quizá sea la mejor manera de abordar a ese «espíritu cuya curiosidad está libre de toda atadura; surge de cualquier parte y se dirige a cualquier parte», en palabras de Elias Canetti, acaso el más directo de sus herederos; pues... «que no quiera redondear nada, que no quiera terminar nada es su felicidad y la nuestra: por eso ha escrito el libro más rico de la literatura universal».¹

JUAN DEL SOLAR

1. Canetti, Elias, *La providencia del hombre* (trad. Eustaquio Barjau), Taurus Ediciones, S.A., Madrid, 1982, p. 281.

AFORISMOS

A [1765-1770]

[1] El gran artificio que consiste en considerar ciertas pequeñas desviaciones de la verdad como la verdad misma, sobre el cual se ha edificado todo el cálculo diferencial, es a la vez la base de nuestras ideas ingeniosas, y a menudo todo fallaría si tomásemos esas desviaciones con un estricto rigor filosófico.

[2] Está por ver si en las ciencias y en las artes es posible alcanzar un *punto óptimo* más allá del cual no pueda ir nuestro intelecto. Tal vez dicho punto se halle a una distancia infinita, aunque a medida que nos acerquemos tengamos siempre menos camino ante nosotros.

[3*]¹ Para poner en práctica una *characteristica universalis* tenemos primero que hacer abstracción del orden en el lenguaje; el orden es una música determinada que hemos fijado nosotros y que, en unos pocos casos (por ejemplo, *femme sage, sage femme*), posee una utilidad espe-

1. Los asteriscos remiten al apartado de Notas de las páginas 349-379.

cial. Primero debemos tener, o al menos buscar para casos particulares, un lenguaje de este tipo, que siga los conceptos, si queremos progresar en la *característica*. Pero como nuestras decisiones más importantes, si las pensamos sin palabras, no son a menudo más que puntos, un lenguaje semejante será tan difícil de concebir como el otro, que deberá inferirse de él.

[4*] Las caras de los hombres son, a menudo, feas hasta la repugnancia. ¿Por qué? Es probable que, de no ser por este expediente, no se podría mantener la necesaria diversidad de temperamentos; se puede, pues, considerar esto como una *característica* anímica, en cuya lectura quizá deberíamos poner más empeño. Para echar algún cimiento en esta compleja y vastísima ciencia habría que pasar revista, en distintas naciones, a los grandes hombres, las cárceles y los manicomios, porque estos tres campos son, por así decirlo, los tres colores básicos de cuya mezcla surgen generalmente los restantes.

[5*] Creer que uno entiende algo que no entiende, como suelen hacer los metafísicos, es algo que podría denominarse *affirmative nescire*.

[6] Por un solo invento pudo Pitágoras sacrificar cien bueyes. Kepler se habría contentado con obtener dos por sus múltiples descubrimientos.

[9] Resulta difícil precisar cómo hemos accedido a los conceptos que ahora poseemos. Nadie, o muy poca

gente, podrá decir cuándo oyó nombrar por primera vez al señor Von Leibniz; mucho más difícil será aún precisar cuándo accedimos por vez primera a la idea de que todos los hombres tienen que morir; no habrá sido tan pronto como se podría pensar. Si tan difícil resulta precisar el origen de las cosas que ocurren en nuestro interior, ¿qué pasaría si quisiéramos intentar algo parecido con las que se hallan fuera de nosotros?

[17] El esfuerzo por encontrar un *principium* universal en algunas ciencias quizá sea a menudo tan infructuoso como el de quienes querían encontrar, en la mineralogía, un primer elemento universal cuya composición hubiese dado origen a todos los minerales. La naturaleza no crea *genera* ni *species*, sino *individua*, y nuestra miopía ha de buscar similitudes para poder retener muchas cosas a la vez. Estos conceptos se vuelven tanto más inexactos cuanto mayores son los géneros que inventamos.

[19] En el mundo, las cosas más grandes se llevan a cabo gracias al concurso de otras a las que no prestamos ninguna atención, pequeñas causas que pasamos por alto y que al final acaban acumulándose.

[20] Es menos divertido oír hablar a otros de un prestidigitador que verlo uno mismo, pues en el primer caso siempre nos queda un grado de escepticismo, o bien pensamos que la persona que nos habla de él no fue lo suficientemente fina al observarlo.

[25] Dado que todos los miembros de los animales ponen de manifiesto una intención muy sabia de su gran creador, uno se pregunta por qué a los hombres suelen crecerles miembros o excrecencias que no responden a intención alguna.

[26] Quizá los asnos deban la triste situación en la que ahora viven en el mundo tan sólo a la ocurrencia ingeniosa de algún hombre inescrupuloso; éste sería el culpable de que se hayan convertido en el animal más despreciable y lo sigan siendo por siempre jamás, pues muchos arrieros tratan tan terriblemente a sus alumnos porque son asnos, no porque sean bestias lentas y perezosas.

[31] El caracol no construye su casa, sino que ésta le crece del cuerpo.

[32] Se podría llamar a la costumbre una fricción moral, algo que no deja al espíritu sobrevolar, ligero, por encima de las cosas, sino que lo ata a ellas de manera tal que le resulta difícil liberarse.

[33] De los sueños de los hombres, si éstos los contasen con precisión, podrían tal vez sacarse muchas conclusiones sobre su carácter. Pero no bastaría con uno solo, sino que haría falta una gran cantidad.

[35] El 4 de julio de 1765, día en que un cielo despejado alternaba con nubes, estaba en mi cama leyendo

un libro cuyas letras podía distinguir con toda claridad; de pronto, sin que yo sintiera nada, se me giró la mano en la que sostenía el libro, inesperadamente, y como debido al movimiento fui privado de un poco de luz, deduje que una gran nube debía de haber tapado el sol y todo me pareció oscuro, aunque la luz no hubiera sufrido merma alguna en la habitación. Así ocurre muchas veces con nuestras conclusiones: buscamos en la lejanía causas que suelen estar muy cerca, en nosotros mismos.

[38] Al menos una vez por semana deberían pronunciarse en las iglesias sermones de dietética; y si esta ciencia fuera aprendida también por nuestros religiosos, sería posible intercalar en ella observaciones de orden espiritual que, sin duda, no desentonarían en absoluto. Porque es increíble ver cómo las observaciones espirituales mezcladas con algo de física mantienen la atención de la gente y le ofrecen una imagen más viva de Dios que los ejemplos de su ira, con frecuencia inoportunos.

[40] El miedo a la muerte que se inculca a los hombres es a la vez un gran medio del que se vale el cielo para impedirles cometer muchas fechorías. Muchas cosas no se realizan por miedo a perder la vida o contraer enfermedades.

[43] Es probable que los alimentos ejerzan una enorme influencia en el estado anímico de los hombres; el vino manifiesta la suya de forma más visible, los alimentos lo hacen más lentamente, pero quizá con la misma

seguridad. Quién sabe si no debemos la bomba de aire a un buen cocido y, muchas veces, la guerra a uno malo. Es algo que merecería una indagación más detallada. Y quién sabe además si el cielo no consigue así grandes objetivos, mantiene la fidelidad de los súbditos, cambia gobiernos y crea Estados libres, y si lo que llamamos influencia del clima no es efecto de los alimentos.

[46] Una vez más, he visto juntas a la ambición violenta y a la desconfianza.

[49] Muchas veces he notado que, tras contemplarme largo rato en un espejo cóncavo, me entraba dolor de cabeza.

[50] A veces, cuando había bebido mucho café y cualquier cosa me causaba un sobresalto, podía observar con toda precisión que me sobresaltaba ya antes de haber oído el ruido. También oímos, pues, con otros órganos además de los oídos.

[52] Una mañana, no hace mucho, soñé que estaba echado en la cama y me faltaba el aire. Cuando desperté del todo, advertí que, teniendo en cuenta mi postura en aquel momento, la insuficiencia de aire era, a decir verdad, escasa. A un cuerpo que se limita a sentir físicamente, las sensaciones desagradables le parecen siempre mayores que a uno que está unido a un alma pensante. En este último, la idea de que tales sensaciones no tienen la menor importancia y de que para liberarse de ellas bas-

taría con quererlo, disminuye buena parte de su carácter desagradable. Con frecuencia colocamos nuestro cuerpo en una posición tal que algunas partes presionadas nos duelen muchísimo, aunque en realidad sentimos muy poco el dolor sólo porque sabemos que, si quisiéramos, podríamos cambiar de posición. Esto corrobora una observación que he hecho más abajo, la de que presionando se puede disminuir el dolor de cabeza.

[58*] Los prejuicios son, por así decirlo, los instintos artísticos de los hombres. Gracias a ellos éstos hacen, sin ningún esfuerzo, muchas cosas que de lo contrario les resultaría muy difícil ponderar hasta decidirse a hacerlas.

[60] Cada noche me entraban deseos de saber en qué momento del día anterior mi vida había valido menos, es decir, en qué momento, si la pureza de las intenciones y la seguridad de la vida valieran dinero, habría yo alcanzado mi máxima cotización.

[61*] *Debitum naturae reddere* significa normalmente ‘morir’ en latín. Y podría significar aún más: muchas de las debilidades que cometemos son deudas que pagamos a la naturaleza.

[64] Nuestra vida se halla tan a medio camino entre el placer y el dolor que, a veces, ciertas cosas que nos sirven de sustento pueden resultarnos perjudiciales, como un naturalísimo cambio de aire, por ejemplo, pese a que hemos sido creados en el aire. Aunque quién sabe si gran

parte de nuestro placer no dependa de este equilibrio, y la capacidad de sentirlo quizá sea un componente fundamental de aquello que nos convierte en seres privilegiados respecto de los animales.

[65] Un sentimiento expresado con palabras será siempre como una música que yo describiese verbalmente: las expresiones no se adecuan con la suficiente homogeneidad a la cosa. El poeta que quiere despertar compasión remite al lector a una pintura y, a través de ésta, a la cosa. Un bello paraje pintado nos arrebatara enseguida, mientras que uno celebrado con palabras deberá pintarse previamente en la cabeza del lector. En el primer caso, el espectador no tiene ya nada que ver con la disposición de los elementos, sino que toma posesión directamente y desea para sí el paraje o la muchacha pintada, se pone en todo tipo de situaciones y se compara con todo tipo de circunstancias relacionables con la obra misma.

[67] Debido a alguna predisposición particular, cierto gran genio empieza a trabajar magníficamente sobre un tema. Como se trata de algo difícil, es admirado y eso estimula a otros. Luego se demuestra la utilidad de tales trabajos. Así surgen las ciencias.

[73] Aquellos verbos que están cada día en boca de la gente son, en todos los idiomas, los más irregulares: soy, *sum, sono, ε'πι, ich bin, je suis, jag är, I am.*

[75] Las excusas que uno se da a sí mismo cuando quiere emprender algo constituyen un excelente material para monólogos, pues raras veces se las da no estando solo, y muy a menudo en voz alta.

[79] Una medida universal que estableciera el mérito o la importancia de cualquier trabajo o indicara enseguida, a todos los estamentos sociales, la verdadera magnitud de una acción, sería un invento digno de un Newton de la moral. Instruir, por ejemplo, a una compañía ante la casa del comandante no es sin duda tan difícil como poner suelas a un par de zapatos. (Sé perfectamente que el honor es una paga, y que para poder pagarla el príncipe grava con un impuesto los sombreros y las nuca de sus súbditos. Cuando un joven operario se quita el sombrero en presencia de un oficial, siempre pienso que ese operario es una especie de oficial contador de guerras. Y qué zafios son los oficiales que no acusan recibo, es decir, que no se quitan, a su vez, el sombrero). De hecho, afirmo que cortar bien un traje es seguramente más difícil que ser un cortesano, y me refiero al cortesano *in abstracto*. Una jerarquización semejante, que sin duda les costaría la cabeza al autor y al editor, es algo que me encantaría ver impreso. Ciertamente, existe en la mente de todo hombre de bien. Para efectuar tal medición se podría elegir el equilibrismo sobre la nariz, porque es un arte que casi todos los hombres aprenden con igual celeridad, y calcular los grados de dificultad en pulgadas según la longitud de la pipa.